

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sabado 7 de Enero de 1922.

Número 1.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

Cuando escribo estos renglones se dice que es un hecho la lucha á muerte entre Cierva y las Juntas de Defensa. Nuevamente estas Juntas (mejor dicho, los elementos que las constituyeron) parecen dispuestas á proceder abierta y desembarazadamente en la vida política española. ¿Legal? No me interesa este aspecto de la cuestión, y siempre creeré que sin salirse de la legalidad no hay medio de hacer hoy por hoy nada eficaz en la política española. ¿Justo? ¿Legítimo? ¿De conveniencia nacional?

¿Qué diferencia de aquellos días (pocos días) de Junio de 1917 á estos de Enero de 1922! Creyó entonces todo el mundo que las Juntas de Defensa se colocaban valientemente á la vanguardia de una cruzada contra la desorganización y el desprestigio de España; entiende hoy, aleccionado por la más amarga de las decepciones, que bien podría acabar todo en un aumento en las nóminas. Una masa enorme de opinión liberal española creyó llegado el momento de segar lo caduco y lo dañino, y se dejó arrastrar por el ímpetu avasallador de los que se presentaban como salvadores; hoy se aparta, recordando con horror y todavía con desconcierto los sucesos de Agosto del mismo año 17. Se pensó que gracias al movimiento aquel, España tendría el ejército que no había podido tener nunca por incompetencia y por venalidad de los encargados de crearle y sostenerle, y ha venido el desastre de Marruecos á hacer macabro escarnio de aquella buena fe. En

Junio de 1917 las Juntas tuvieron derecho á pedirnos todo; hoy no lo tienen á esperar nada.

¡Antipático dilema! Cierva ó las Juntas. O sostener contra las Juntas al figurón que ellas más que nadie contribuyeron á endiosar, ó apoyar á las Juntas en su lucha por derribar el maniquí que ya no les sirve, porque (empleando una frase de actualidad) se les ha pasado al moro. Si por bien merecida repulsión hacia el *dictador al dictado* se acepta este último partido, solo cabe esperar á que las *providenciales* Juntas nos coloquen su nuevo favorito. En el primer caso, lo malo conocido; en el segundo, lo malo por conocer.

No sé si obedecerá á la prevención con que yo, como uno de los engañados en 1917, accio ya lo que provenga de quienes me engañaron; pero me parece que tampoco hoy se disimula tan bien el propósito como en 1917 se disimulaba. En la campaña contra el ministro de la Guerra exclusivamente se traen y se llevan pleitos de familia. Casi podríamos decir que se inculpa á Cierva por lo único que podría salvarle, si fuera verdad; energía, aplicación exticta de un criterio, resistencia á los caprichos de los que hoy por hoy son sus subordinados. De verdad creo que si en 1917 hubiesen apuntado tan bien, no nos hubiera costado trabajo adivinar qué pieza perseguían.

Que en la contienda venza el uno ó venzan los otros me es lo mismo. Y creo que al sentir esto, reflejo el ánimo de la mayoría del país. Y me alegro. Nada sería tan lamentable como interesarse por la victoria de cualquiera de las dos partes. Cuando los pueblos prefieren un amo á otro, se ha perdido para ellos toda esperanza de redención, porque es que aceptan la esclavitud como hecho inmutable y el cambio de amo como única mejora posible. Tengo el dolor de pensar que, si una fuerte sacudida no lo impide, llegaremos á todo; pero me aferro al consuelo de creer que todavía no hemos llegado.

OCASION PERDIDA

¡Las veces que he pensado durante el año último en lo que podía haber ocurrido en España de existir un partido republicano fuerte, compacto y prestigioso! Desde Julio especialmen-

te, han sido pocos los días en que no he recordado los actos de los que estuvieron al frente del partido en los diez años últimos; actos que tan poderosamente influyeron en su desorganización y desprestigio.

Si tuviese hoy el partido hombres que por su historia garantizaran el libre ejercicio de la democracia; por su amor á la justicia, la seguridad de que le permitirían reinar; y por su patriotismo, que allanarían cuantos obstáculos el egoísmo y la inmoralidad opusieran al desarrollo de la vida económica en cualquiera de sus múltiples manifestaciones; si esos hombres existieran hoy, repito, ¿quién duda que este sería el momento de aunar voluntades y salvar á España?

Pero hay que renunciar á esa esperanza. Los encargados de ir lentamente aplicando al republicanismo el cloroformo monárquico, para someterle á la difícil operación de extraerle el ideal del cerebro han cargado tanto la dosis, que ni la operación ha podido hacerse, ni el republicanismo podrá incorporarse en algún tiempo.

Conducta explicada

Un republicano de Barcelona desearía que yo combatese tan duramente como antes á la Monarquía y sus servidores.

Le diré por qué no lo hago: por no disgustar á los republicanos dispuestos á servirla, y que acaso tratarán de convencerme de que el porvenir y la felicidad de España se basan en ella.

Y como á mi edad está ya un medio lila, ó lila del todo, temo que en un momento de chechez aguda logren persuadirme de las ventajas que para la dignidad del bolsillo trae el cambio de casaca, y me dé por imitarlos en su *patriótico* salto de trapecio.

Y como en el arte de saltar me aventaja ya cualquier grillo inválido, no quiero exponerme á dar un batacazo que ponga en peligro mi vida en esta deliciosa edad de ilusiones rosadas, sueños azules y esperanzas negras.

UN EJEMPLO DE INGLATERRA

Dos cosas hay que salvar...

Luis de Zulueta ha publicado con ese título en *La Libertad* otro valiente y razonado artículo defendiendo la

libertad de conciencia. Es tan raro leer hoy en la Prensa escritos de esa clase, que voy á copiar unos párrafos. Empieza así:

«¿Quién se atrevería en España á resucitar hoy — hoy, en las vísperas de 1922 — el viejo problema de la libertad religiosa? Problema arcaico, porque en el mundo está resuelto. Problema siempre vivo aquí, donde estamos obligados á elegir entre estas dos posiciones: ó bien persistir, como fuerzas intelectuales rezagadas, en la antigua campaña librepensadora y anticlerical del pasado siglo, ó bien tomar una actitud de práctico desán y elegante oportunismo ante semejantes cuestiones, como si la última palabra de la modernidad europea consistiese en encogerse de hombros cuando en un pueblo de nuestra patria se celebra un auto de fe, quemándose un montón de libros en la plaza pública, bajo la presidencia del alcalde, ó cuando, en otro pueblo, un vendedor de Evangelios potentísimos es procesado y encarcelado, ó cuando una profesora se ve sometida á una visita de inspección, y acaso á un expediente, por haber utilizado en su cátedra obras que no le placen al obispo de la diócesis.

Apenas se habla ya en Europa de la libertad de conciencia. Es verdad. No se habla, precisamente porque la tiene por indiscutible, necesaria, inviolable. Más si en un momento ella peligra, el ciudadano europeo moderno se olvida de todo lo demás y atiende á defender esa libertad espiritual que estima patrimonio sagrado de la dignidad humana y fundamento intangible de nuestra civilización.»

Dice á continuación Zulueta que Inglaterra, que ha reconocido á Irlanda todos los derechos de un Estado libre, sólo le ha impuesto estas dos restricciones: la de no adoptar medida alguna que atente á la seguridad del imperio británico, y la de que no legisle nada que directa ó indirectamente ataque á la libertad de conciencia ó á la libertad de cultos en ninguno de los dos Estados. Y comenta así las dos restricciones:

«De modo que Inglaterra, la maestra de la vida política en el mundo, al emancipar ahora á la isla vecina, proclama que un pueblo tiene derecho á todo, á todo, menos á estas dos cosas: destruir el Imperio británico y atentar á la libertad de conciencia. Desde ahora, si el Daily Express ratifica el Acuerdo, Irlanda tendrá su propia Constitución. Lo que no podrá tener, aunque lo quisiera, es un artículo en ella como el artículo II de la Constitución vigente en España. Porque Inglaterra, la positiva Inglaterra, quiere dejar á salvo dos principios, exclusivamente dos principios. Uno, intrínseco: su propia existencia nacional. Otro, idealista: la libertad religiosa.

Entre tanto, ¿quién osaría tocar ese tema en España? Sería de un malgasto muy siglo XIX... Lo moderno es quedarse como una excepción única en toda Europa, absolutamente única, porque la libertad de cultos se la impusieron á Tarquinia las potencias en el Congreso de Berlín, y ahora Inglaterra se la impone á Irlanda. Este vergonzoso estado de excepción rebaja nuestra fuerza moral ante el mundo, nos perjudica en las relaciones internacionales, dificulta nuestra obra espiritual en las libres Repúblicas de América española,

compromete el porvenir del alma ibérica, fomenta la leyenda negra en el Extranjero, dando pie á que se factaseen las españoladas inquisitoriales... ¡Pero no puede hablarse de eso! ¿Quién aludiría siquiera á la libertad de cultos? No puedo hablarse de eso, porque hemos convenido sabiamente en que eso no le importa aquí á nadie, y, á la vez, en que eso importa aquí tanto, que es lo único que provocaría una guerra civil.»

Varias veces me ocupé de uno de los puntos que toca Zulueta: el de que hay liberales, y hasta republicanos, que creen disculpar su cobardía ante el clericalismo diciendo que es *cursi* atacar.

Siempre combatí en tono burlesco esa majadería. Sólo una vez la tomé en serio allá por 1890 en el artículo que reproduzco á continuación.

Me declaro cursi

Los periodistas que llamaban *cursi* á los que combatían al clericalismo, ¿qué dicen ahora al ver á España en sus manos?

Lo *cursi* no era ni es eso; lo *cursi* era y es seguir la corriente de falsa devoción, hoy en moda; confundirse con la turba que hace del culto materia de distracción cuando no tapadera de acciones vituperables.

Puede ser *cursi*, y lo es á veces, la forma en que algunos atacan al clero, empleando palabras y frases que no encajan en la manera de decir hoy; pero ¿el acto de atacarlo? Nunca.

¡Cursi combatir al clero, ese clero que ha cobrado del presupuesto desde 1835 así cerca de nueve mil millones de reales, ha sacado doble á los fieles y nos ha promovido dos guerras que cada una nos ha costado una cantidad fabulosa!

¡Ese clero que da su contingente al carlismo, y contingente tan feroz como Santa Cruz y sus compañeros de tonsura y asesinato!

¡Ese clero que es servidor humilde del que posee aun cuando lo haya adquirido robando y no tiene para el desvalido palabra de consuelo ni pedazo de pan!

¡Cursi hablar de esto que afecta á la dignidad y la vida de la nación, hoy envuelta en la red que él le ha tendido!

¡Cursi combatir la invasión fraileña que embrutece y desmoraliza, acapara y despoja, preparando para lo porvenir días de sangre y luto!

No por impiedad, ni por odio combatí sin tregua ni descanso al clericalismo; es porque veo en él la rémora para avanzar, el obstáculo para subir; es porque todo lo que la nación produce va pasando á sus manos; es porque dentro de poco, si no viene aquí una gran conmoción revolucionaria, España caerá por bajo de esas desluchadas repúblicas americanas que el jesuitismo deshonra y devora.

No podían faltar, y no faltan, alusiones al morrión de los progresistas, sintetizando en él la persecución al clericalismo. ¡Pobre morrión, y qué mal le pagan los que sin él acaso no tendrían cabeza que sus mujeres adorasen, porque el carlismo se la hubiera cercenado!

Antes, cuando estos conflictos entre la reacción y la libertad se presentaban, la prensa neocatólica estaba á un lado y la

liberal á otro. Hoy ésta excede á aquella en intransigencia.

Si por aquí viniera el deslinde, que tan necesario es, entre los servidores del jesuitismo más ó menos disfrazados, y los defensores de la libertad más ó menos impacientes, aún podríamos felicitarnos de haber llegado á estos extremos; mas como no será así, continuará esta confusión esta farsa, sin saber nunca si el que está á nuestro lado es amigo ó enemigo.

De cualquier suerte, conste que, aun cuando convinieran todos en que es *cursi* atacar á los enemigos de la libertad, yo continuaría mi labor, teniendo á honra el que me calificaran de ese modo; tan arraigada tengo la creencia de que España no será nada mientras tolere que el clericalismo chupe su savia y se le imponga y la domine.

Y conste también que este *cursi* se cree en posesión de la suprema elegancia intelectual y moral ostentando la indumentaria anti-religiosa. — J. N.

Han pasado 31 años, y no sólo me ratifico en todo eso que escribí en serio, sino que me burlo más despreciativamente que entonces de los *elegantísimos* vestidos á la moda del siglo XV, y me complace que sigan calificándose de *cursi*.

Secreto que guardaba

En la Sección que Luis de Tapia ha creado con el apropiado título de *Frescas* en el diario *Vida Nueva*, dedica unas cuantas al rebajamiento de la dignidad que se nota en políticos y periodistas y después de citar varios casos de debilidades y acomodamientos que lo comprueban, añade:

«A este paso vamos á ver á Nakens de obispo de Madrid y á Pestaña de consejero del Banco.

¡Ha pasado de moda la libertad!

¡Tanto mejor para los cuatro *cursi* que aún quedamos en el mundo dispuestos á morir civilmente!»

¿Por donde diablos habrá llegado á oídos del único é inagotable poeta satírico de verdad que tenemos hace años en España, que yo ando en tratos con el Gobierno para que me nombre obispo de Madrid, aunque tenga que dar un par de millones de pesetas de propina á los intermediarios? ¿Quién habrá sido el miserable que ha faltado tan cochinitamente á la santidad de secreto tan transcendental?

Pero sea quien fuere, ya que se ha hecho público contra mi voluntad, pues pensaba no haber dicho nada hasta que me encasquetase la mitra, daré cuenta del único inconveniente que hasta ahora pone el Gobierno á mi pretensión: que no soy cura.

Yo le he contestado que tampoco Cierva es militar y actual de ministro de la Guerra, ni Francos Rodríguez es abogado y opera en el de Gracia y Justicia; y que la ley y la arbitrariedad deben ser iguales para todos. Veremos lo que me contesta.

De insistir en esa tontería, no ten-

dré otro remedio que matricularme el año próximo en el Seminario de esta Villa y Corte, y comenzar la carrera eclesiástica antes de entrar en quintas, ya que hacia ella sentí siempre vocación irresistible.

Y cuando la termine, avisaré a Tapa para que se coloque a la puerta de la iglesia el día que cante mi primera misa, y al salir yo me escupa a la cara y me suelte las frescas más sangrientas de su repertorio, pues entonces estaré ya al mismo nivel de rebajamiento, desvergüenza y cinismo que aquellos a quienes alude.

Hasta tanto, es decir, hasta que me trasquilan por el vértice, ruego a mis lectores suspendan todo juicio acerca de mi elevación al obispado, pues quien sabe si acabaré o no mi carrera.

Pudiera tropezar en el Seminario con algún Padre Flaminio que pretendiese «gredirme a traición, en cuyo caso escaparía a paso de ángel de Sodoma, renunciando para siempre a la esperanza de arrellanarme en la silla episcopal y ziciendo como Francisco I: «Todo se ha perdido menos el honor.»

Del mundo clerical

LAS AYUDAS DE LA FE

—¿Pero donde ha estado usted meditando que no se la ha visto el pelo durante estas fiestas?

—He estado en Pozuelo; como allí vive mi hija la casada y yo estoy sola desde que murió mi Ignacio que esté en gloria, pues se empeñaron en que me fuera con ellos estos días.

—Ya me extrañaba a mí que no hubiera usted puesto los pies en las Corazoneras este año. No sabe usted lo que se ha perdido. Hemos visto un milagro tan claro y patente como la luz del día.

—¿Qué dice usted?

—Sí, señora, sí; un milagro de los que no abundan.

—Por Dios, explíquese: me tiene usted en ascuas.

—Bueno, ya sabe usted que las monjitas todos los años, después de la misa del gallo, dan a adorar a un niño Jesús precioso que regaló a la comunidad una reina de Portugal ó de Francia, no recuerdo bien.

—Sí, el niño del Cetro: lo he adorado muchos años.

—Pues, hija, este año, cuando el Padre Sobón estaba terminando el último evangelio, el niño, que estaba en su cunita encima de una mesa delante del altar, comenzó a mover las manitas y los pies como hacen los niños cuando están nerviosos y quieren alguna cosa. Usted no sabe la que se armó en la iglesia; el Padre Sobón no pudo terminar la misa; la gente grita-

ba, las monjas lloraban, todos estaban locos de alegría y de entusiasmo.

—¿Pero usted lo vio?

—Yo, no, porque aquello duró muy poco; pero lo vi mucha gente; lo vió la señá Ignacia, doña Lorenza, las sobrinas del capellán, la demandadera del convento, la organista, sor Rifeña, el dueño de la cerería del 20; mucha gente, mucha. Excuso decirle a usted que la iglesia ya no se cerró en toda la noche, que la noticia corrió por todo Madrid como la pólvora, y que las monjas están locas de alegría.

—¿Y no se volvió a repetir el milagro?

—No; porque el señor obispo, apenas se enteró, mandó que quitaran el niño de la iglesia, y lo pusieran en el oratorio del interior del convento.

—Menos mal.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que después de una buena cena de Navidad es muy fácil ver moverse manos y pies, y además que la fe no necesita milagros.

—Pero ellos ayudan a tenerla.

—Para los no convencidos, sí. Además que estas cosas son muy difíciles de probar.

—¡Parece mentira que hable usted así!

FRAY GERUNDIO

CUENTOS DE MUJER

La carta de reyes

Estaba desesperada la tía Perrines por que no tenía ni un cuarto para comprar chucherías a su Fernandito en aquella fiesta de Reyes.

—¡Madre!—decía el chiquillo entristecido al ver que ella nada le indicaba de los juguetes que le traían este año—. ¡No vamos hoy tampoco a llevar carta al rey!

—Bueno, bueno; a la noche iremos; no me des más murga.

Por fin la tía Perrines se fué a casa del choricero, que le escribió una carta sentimental para los magos de Oriente, rogándole que se apiadara del pobre Fernandito, que era huérfano de padre dos años hacía.

—Ya tenemos la carta—dijo el niño—. Ahora, vamos a buscar al rey.

Y salieron con dirección a la Rambla. La anchura vía rebosaba de gente cuando llegaron madre é hijo ante el monigote que representaba uno de los reyes magos.

—Fernandito, ven en brazos y echa tu cartita, mi alma.

—Pero, madre—repuso el chiquitín casi llorando—; ¡si a este rey le falta la cabeza! ¿No lo ves? Busquemos al otro.

Marcharon más arriba; pero el que ha llorado también estaba sin cabeza.

—¡Vamos, vámonos al negrol!—gritaba desesperado Fernandito.

—Es inútil—dijo un buen hombre al pequeño mientras le acariciaba las rubias guedejas—. Este año todos los Magos están así, porque de resultados de una gran pedrea, las cabezas de los tres han volado. Pero, no te apures, pequeño; aun traigan, pues la barriga la tienen entera. Echa la carta, verás.

Efectivamente, cayó dentro, muy adentro el papelote del chiquillo.

Regresaba a su casa Fernandito muy contento, y decía a la bondadosa madre:

—La carta ya se la tragué, pues no le hace falta para nada la cabeza a los reyes, ¿verdad, mamá?

Pero, la mañana que siguió a la fiesta, Fernandito, que puso las botitas a la ventana vió con tristeza que no contenían nada.

Y rompió a llorar amargamente.

—No llores, mi vida: ya otro año se acordarán de ti...

—Sí, sí... Claro... Cuando les pongan cabeza de hombre, ¿no, madre mía?

MARIA MARIN

Barcelona.

Carta del otro mundo

Apreciable amigo Silvestre: Como la pluma, hoy día de mi fiesta onomástica, la majo en brea hecha caído, y te escribo para darte noticias mías. Desconsoladoras son, y no podrás menos de admirarte.

La primera exclamación que se te va a escapar es esta: «¿Cómo! ¡Incente en los infiernos!»

Si, amigo mío; aquí estoy, como es natural y lógico, dadas las premisas sentadas por la Iglesia.

Bien sabes, apreciable Silvestre, que sin ser lo que se llama un fanático, cumplía religiosamente todos los deberes que los ministros del Señor me imponían. Buen padre de familia, honrado a carta cabal, compasivo con el desgraciado, no tenía la más ligera falta que echarme en cara. La enfermedad que me llevó al sepulcro, también lo sabes, era de esas que producen tormentos materiales irresistibles. Los sufrí con paciencia; pero una vez bien confesado y bien comulgado, el dolor físico me hizo lanzar una exclamación, ó una interjección, ó mejor dicho, una palabrita de esas que, además de estar condenadas por la buena educación, lo están, y en grado superlativo, por la religión que profesamos la mayoría de los españoles.

¡Qué habe dicho! Satanás, que estaba en la cabecera de mi cama tirándose de los cuernos de desesperación al ver que me escapaba de sus garras, se apaciguó y se sonrió melancólicamente como diciendo: «Ya cayó en la red.»

Y así fué. Desde aquel momento le pertenecí en cuerpo y alma ¡Misterios de la religión! Si llevo a ser mudo, a estas horas estoy en el cielo.

Cinco minutos después de haber echado aquel fatal taco, di el último suspiro.

Media docena de diablillos colorados y negros me tomaron en sus brazos, y como una exhalación partimos los siete para las calderas de Pero Botero que, como sabrás, están en el interior de la tierra por ahora y mientras la ciencia no suba los alquileres.

Llegamos y salió a recibirnos un demonio bastante feo, quien me hizo los honores de la casa con la amabilidad que distingue a todos los diablos. Comenzó por trincharme con un descomunal tonedor, y concluyó por lanzarme a la segunda caldera.

Amigo mío, ¡qué baño! Caí en un inmenso mar de aceite hirviendo; pero éramos tantos los que allí estábamos, que antes de que me cadiesen el puesto que me correspondía, me dio apabullé a un obispo sobre quien caí, obispo que allí en la tierra había hecho y deshecho varios conventos de monjas. Le pedí que me dispensase, y me contestó con un evangélico puñetazo que me bañó en sangre. No pude quejarme de aquel nuevo dolor, por que el aceite me abrazaba y no me permitía ocuparme en nimiedades.

Y ya teenes a grandes rasgos explicada la historia de mi venida a estos lugares.

Yo creo que me acostumbraré a esta vida, porque ya qué no se acostumbra uno?

He comenzado a inspeccionar a mis compañeros de delicias. ¡Casi todos son curas y frailes! Y voy a una manera de renegar que tienen!

Como estamos con cabeza y brazos fuera del líquido abrasador, resulta que cuando éste nos escoce demasiado, damos respingos acrobáticos y salpicamos a los vecinos más próximos, que se quejan, y con razón, de las gotas que les caen encima.

Lo más doloroso es que los diablos nos traen noticias del cielo. Esto nos desespera. Por cierto que me chocó mucho lo que Belcebú me dijo días pasados. ¡Reenredas a don Lucas, aquel nuestro vecino nuestro que había robado y martirizado a toda clase de personas, de quien se decía que había hecho morir de hambre a sus hijos y envenenado a su mujer? Pues está en el cielo. A la hora de la muerte hizo una excelente confesión, se arrepintió de sus culpas y pecados, y a estas fechas lo tienes paseando con ángeles y vírgenes. Establece comparaciones entre él y yo, y dime si no me hubiera valido más hacer lo que don Lucas y echarme la hombría de bien a las espaldas. Pero ¡qué quieres? Yo me condené a la hora de la muerte, y él se salvó.

Volviendo a las distracciones que aquí tenemos, te diré que, como hay muchísimos ministros del Señor de todas las religiones, se arma a veces cada enredo y batalla que parece que la caldera se viene abajo: protestantes, católicos musulmanes, budhistas, etc., etc., se tiran a la cabeza por un quitame allá esas pajas cuando les viene a las manos. Todos quieren tener razón; todos son los únicos, los verdaderos, los legítimos.

Tenemos también nuestras manifestaciones. El otro día, sin ir más lejos, todos los conductores de mi departamento estaban en ebullición moral, además de la material. Se trataba nada menos que de elevar una senda exposición a su majestad Satanás primero y último, pidiéndole que nos trasladase al sitio donde gimen las pobres monjas, porque, como dicen varios curas que fueron cabelleros, esta vida es muy monótona y no tiene maldito el chiste. Seis sacristanes se han encargado de recoger firmas, que en este momento se elevan a la respetable suma de 700 401, casi todas de presbiteros.

Por más informaciones particulares, y según me has participado en confianza el diablillo que está encargado de rociarnos de petróleo de vez en cuando, Satanás piensa acceder a lo que piden los demandantes, porque lo que él dice; esto contribuirá más a su martirio desarrollando los apetitos, los celos, los deseos y toda clase de los excesos a que se entregaron en la tierra.

Ayer estuve hablando con un desgraciado por quien están diciendo misas a granel creyéndole en el purgatorio. Está incomodadísimo de ver cómo se malgasta un dinero que tanto le costó ganar.

Preparamos una manifestación para contrarrestar la que preparan los curas el día que venga Nakens, a quien guardan con ansia para arrastrear y morderle. Hemos pedido el competente permiso a la autoridad, y nos lo ha concedido ya.

Por lo demás, y salvo el continuo chamusqueo, amén de los pinchazos de los diablos, aquí lo paso regularmente. Sólo cuando me acuerdo de don Lucas me desespero; pero ¿a quien voy a apelar? No hay más que tener paciencia y alegrarme de que no me mandasen al purgatorio, donde se sufre lo mismo que aquí, y de donde, como no dejó dinero para sufragios, no hubiera podido salir.

Acaba de llegar un condenado de los que, como yo, nacieron con mala estrella: figúrate que se arrojó a salvar a dos niños que se estaban ahogando; éstos se agarraron a sus piernas, paralizaron sus movimientos, y los tres perecieron. Esto no importa; pero yo al morir sin confesión? Aquí, aquí está el busilis. El generoso salvador, así como el niño más grácil, que ya pasaba de siete años, han llegado sin novedad a los infiernos. En cuanto al otro chiquillo, como no tenía más que un instro, no pudo condenarse; y ahora está en el cielo, no sé si a la diestra o a la siniestra de Dios padre. ¡Se luce sí a su madre se le

ocurre parirlo dos años antes! De casos semejantes te podría contar millones.

Pero veo que se va haciendo tarde, y que se aproxima la hora en que Satanás suele venir con dos tridentes para volvernos y revolvernarnos como si se tratara de una ensalada.

Adiós, amigo Silvestre; otro día me explicaré más. Sabes que aquí, como ahí, te apreciaré siempre. No te olvides, cuando vayas a morir, de hacer una buena confesión, ó al menos hazla, aunque sea medianeja.

Sin otro particular, tuyo afectísimo amigo

INOCENTE

28 de Diciembre de 1921.

FECHAS TROCADAS

La noche del 24 de Diciembre nació Jesús.

El día 28 fueron degollados los Inocentes.

La noticia del nacimiento se la dieron a Herodes los Reyes Magos, según el Nuevo Testamento.

La venida de esos Reyes se conmemora el día 6 de Enero.

Luego, una de dos: ó no se celebran las fiestas en los días correspondientes, ó Herodes se enteró por otro conducto del nacimiento del que llamaban rey de los judíos.

¿Que la Iglesia conmemora las fiestas el día que le acomoda?

Ya lo veo; pero como se trata de hechos que pasan por históricos, no les quitaría autenticidad el haber colocado cada uno en la fecha que dicen que ocurrió.

Y de este modo no habría yo ahora perdido el tiempo hablando de lo que no me importa.

Bibliografía

ALMANAQUE DE "EL DILUVIO"

Siguiendo antigua costumbre, el importante y popular periódico barcelonés *El Diluvio* ha editado un almanaque tan ameno como interesante.

En él se recopilan los más importantes hechos ocurridos durante el año 1921 en la bella ciudad de Barcelona.

Teatros, música, deportes, corridas de toros, cine, music hall, todo está comprendido en el libro, ilustrado con lindas fotografías.

La vida barcelonesa está exactamente reflejada en las páginas del Almanaque de *El Diluvio*.

Lo amenizan, además, bellos cuentos de Fray Gerundio, Estévez Padin, etc.

Realmente, el Almanaque de *El Diluvio* corresponde a su reconocida seriedad y fervor para el numeroso público adepto al popular diario barcelonés.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

J. García Moreno, Málaga, 13 pesetas.
Clemente Lidoy, Pedrola, 4; Y. Vergara, Santander, 3; Jaime García, Boal, 4; P. Hurtado, Tobarra, 4; J. López, Compañaraya, 4; Isidro Benavides, Zaragoza, 6; José María Palenzuela, Guadix, 4; Fernando Piñón, Miravalles, 5; José Oza, ídem, 5; Andrés Espinosa, ídem, 5; Juan Martí, Artana, 3; José Margalet, Capasanes, 3; José Arregui, Alsasua, 4; Señora Viuda de Marcos, Fuente de San Esteban, 1; Mi-

guel Franch, Maella, 4; José Trelles, Algeciras, 2; Manuel Duarte, Puertollano, 2, 50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Ateca.—Blas Olivares. Abonada su suscripción a fin Mayo 1923

Málaga.—Juan García. Id. a fin Diciembre 1922.

Pedrola.—Clemente Lidoy. Id. a fin Diciembre 1922.

Santander.—Y. Vergara. Id. a fin Diciembre 1922.

Boal.—Jaime García. Id. a fin Diciembre 1922.

Nonaspe.—Benito Barrios. Id. a fin Noviembre 1922.

Compañaraya.—J. López. Id. a fin Diciembre 1922.

Zaragoza.—Isidro Benavides. Id. a fin Diciembre 1922.

Coruña.—Tomás C. Salvadores. Ídem a fin Junio 1922.

Longares.—Asturo Gutiérrez. Id. a fin Junio 1922.

Tortosa.—José Castellví. Id. a fin Diciembre 1922.

Ídem.—Vicente Querol. Id. a fin Diciembre 1922.

Ampostá.—Juan Lloa. Id. a fin Diciembre 1922.

Ayamonte.—B. Blanco. Id. a fin Diciembre 1922.

Guadix.—José María Palenzuela. Ídem a fin Diciembre 1922.

Miravalles.—Fernando Piñón. Id. a fin Diciembre 1922.

Ídem.—José Oza. Id. a fin Diciembre 1922.

Ídem.—Andrés Espinosa. Id. a fin Diciembre 1922.

Ídem.—Juan García. Id. a fin Diciembre 1922.

Ídem.—Ramón Mimo. Id. a fin Diciembre 1922.

Calahorra.—Ignacio Vea. Id. a fin Marzo 1923.

Nava.—Rafael Zapatero. Id. a fin Diciembre 1922.

Artana.—Juan Martí. Id. a fin Diciembre 1922.

Capasanes.—José Margalet. Id. a fin Diciembre 1922.

Alsasua.—José Arregui. Id. a fin Diciembre 1922.

Valencia.—P. Villar. Id. a fin Junio 1922.

Fuente de San Esteban.—Viuda de Marcos. Id. a fin Diciembre 1922.

Málaga.—José González. Id. a fin Diciembre 1922.

Maella.—Miguel Franch. Id. a fin Febrero 1923.

Puertollano.—Manuel Duarte. Id. a fin Diciembre 1922.

Castellón.—José Arsu. Recibido su giro de 72 pesetas. Conforme.

Espinosa de los Monteros.—Bonifacio Ríos. Id. de 15.

León.—Joaquín Salvadores. Id. de 36. Conf. rme.

Placencia.—Enrique Pintado. Id. de 25. Conf. rme.

Linares.—Gines Soler. Id. de 15.

Jubia.—Petro Cso. Id. de 24. Conforme.

Salobreña.—F. Pareja. Id. de 3 a cuenta.

Montijo.—F. Zambrano. Id. de 2,40. Conf. rme.

Cervera del Río Alhama.—J. Estorrell. Id. de 10. Conforme.

Cheste.—Leoncio Guillén. Id. de 13. Conforme.

Barcelona.—José Morales. ¿A qué dirección hay que mandar el periódico?

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid